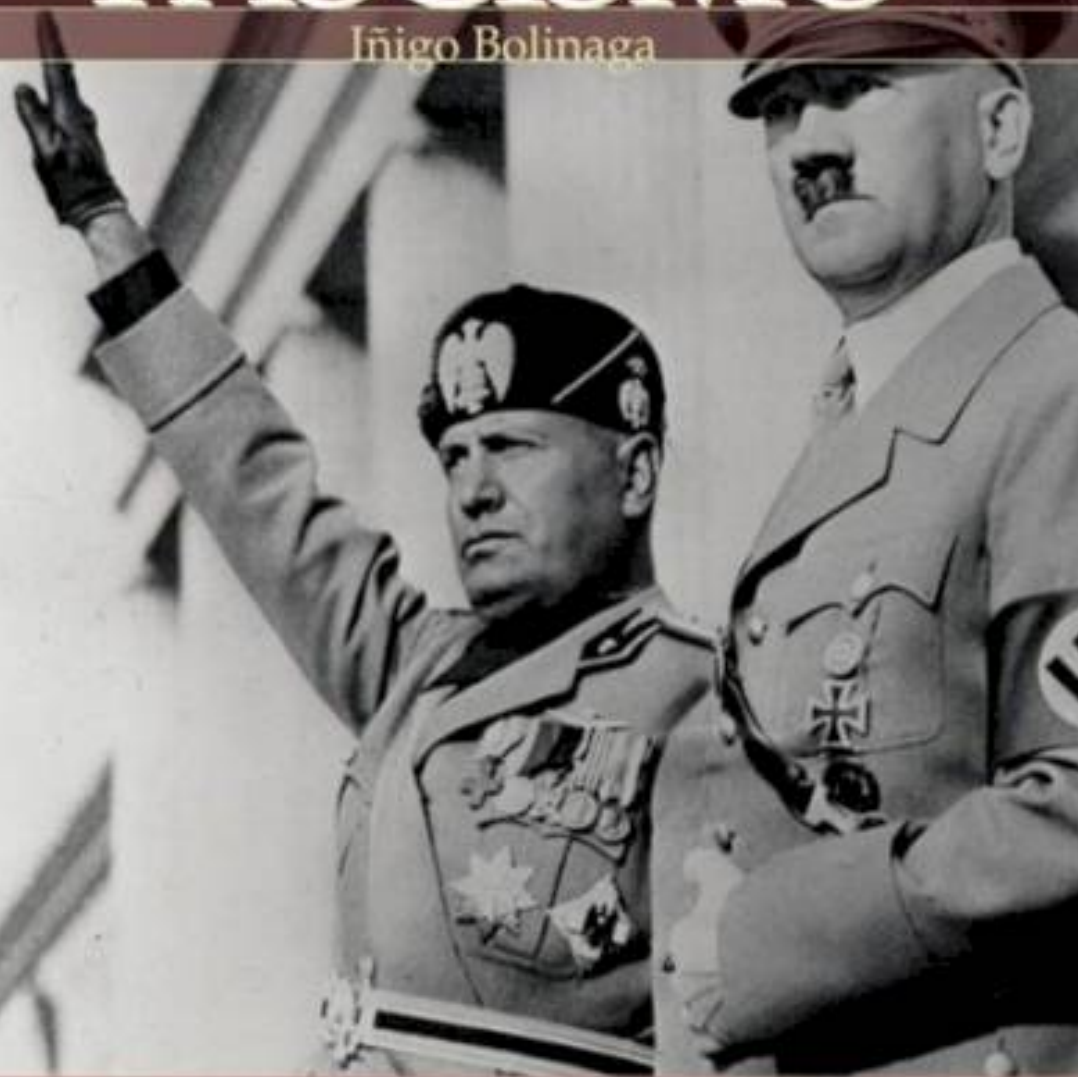


BREVE HISTORIA del...

FASCISMO

Iñigo Bolinaga



Descubra toda la historia de este movimiento totalitario que se originó en la Europa de entreguerras, se propagó por Italia y Alemania y provocó la Segunda Guerra Mundial. Desde sus orígenes de izquierdas hasta su inquietante reaparición en los últimos años.

**BREVE HISTORIA DEL
FASCISMO**

Iñigo Bolinaga

Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia del Fascismo

Autor: © Iñigo Bolinaga Irasuegui

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez

Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Murray

Diseño del interior de la colección: JLTV

Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-453-3

Libro electrónico: primera edición

A aita y ama

ÍNDICE

CAPÍTULO 1: AQUEL ROJO DESPERTAR.

El hijo del herrero

Mussolini el socialista

Próxima estación: fascismo

Don Quijote desembarca en Fiume

La ecuación fascista

El pariente alemán

CAPÍTULO 2: EL FASCISMO TRIUNFANTE

Órdago a mayor

En Roma brilla el sol

El golpe

La vía legal

Los émulos

CAPÍTULO 3: EFICACIA GERMÁNICA

El suicidio de la democracia

La gran purga

Arios y judíos

La expansión tolerada

CAPÍTULO 4: LA GUERRA

La caja de Pandora

Como fichas de dominó

Expansión balcánica

El nuevo orden europeo

Holocausto

La parábola del cocodrilo

El último acto del fascismo italiano
Canción de otoño: la conquista de Europa

CAPÍTULO 5: EL FASCISMO LATENTE

Proscripción
De la posguerra a los años de plomo
El fascismo toca a la puerta

CAPÍTULO 6: EL FASCISMO DISECCIONADO

Herramientas de cirujano
La esencia
Los suplementos
Fascismo y no fascismo

BIBLIOGRAFÍA

1

Aquel rojo despertar

Soy fascista porque soy italiano

Luigi Pirandello

Premio Nobel de Literatura

EL HIJO DEL HERRERO

Aún era un niño, pero ya apuntaba maneras. Mussolini fue expulsado temporalmente del colegio por conducta turbulenta e irrespetuosa hacia sus profesores y compañeros; un hecho que, siendo hijo de quien era, a pocos podría sorprender. No en vano se dice que de casta le viene al galgo. Su padre, Alessandro Mussolini, era un descomedido herrero de la región de la Romagna conocido por su desparpajo, sus simpatías socialistas y su afición por las mujeres. La conducta social del vástago podía disgustarlo un poco, pero en el fondo se enorgullecía de aquel maleante infantil que, con sus fechorías, garantizaba que los Mussolini estaban hechos de una pasta diferente y de que, al menos durante una generación más, seguirían siendo los gallos del corral.

Como no podía ser de otro modo, el inefable Alessandro escogió para su hijo los nombres de Benito Amílcar Andrea, en homenaje al líder mexicano Benito Juárez y los revolucionarios italianos Amílcar Cipriano y Andrea Costa. El joven Mussolini se educó en una familia de clase media dominada por el fuerte carácter paterno, de quien aprendió

aquello de que es preferible pisar que ser pisado, una máxima que no dudó en poner en práctica desde que tuvo uso de razón. Aunque tomó el camino profesional de su madre estudiando la carrera de magisterio, la impronta paterna resultó definitiva a la hora de tallar la personalidad del joven Mussolini, que se revelaría jovial, irreverente, y un poquito desvergonzado. Del mismo modo, la glorificación de la bravura y el valor, adosados a un profundo darwinismo personal y social —*solamente los fuertes sobreviven*—, se convertiría en una constante heredada de su padre que le acompañaría hasta la muerte y que definiría, en buena medida, la lógica de pensamiento que desembocaría en el primer fascismo.

A pesar de su indisciplina, Benito Mussolini se reveló como un estudiante capaz, de manera que con diecinueve años y un título de magisterio en el bolsillo, comenzó a trabajar en un colegio de educación primaria hasta el año 1902, fecha en la que se trasladó a Suiza por motivos políticos. Militante del Partido Socialista desde 1900 y contrario al servicio militar obligatorio, el joven maestro puso rumbo al norte con la esperanza de escurrirse del llamamiento a filas. Allí entró en contacto con un importante número de refugiados políticos de tendencia socialista, muchos de ellos miembros del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso de Lenin, que en 1903 se escindiría en las facciones bolchevique y menchevique y que Mussolini, desde su exilio suizo, iba a conocer de primera mano. Suiza supuso un fenomenal adiestramiento revolucionario, tanto desde el campo teórico a base de variopintas lecturas y apasionadas conversaciones políticas, como desde el práctico, ya que significó la primera puesta en escena de aquel prometedor joven zuelo predicando la insurrección obrera y realizando labores de agitación política. Una febril actividad que le encaminó hacia sus primeras prioridades.

Aprovechando la amnistía decretada en 1904, Benito Mussolini regresó a Italia cargado de experiencia y doctrina

revolucionaria, un bagaje, que combinado con su exaltada oratoria y sus aspiraciones políticas, lo llevó a involucrarse con mucho éxito en las actividades del Partido Socialista; tanto, que comienza a destacar como uno de los militantes más conocidos de la Romagna. Mientras tanto, cumple con los dos años de servicio militar y vuelve a ejercer como maestro, una actividad que le reportará menos satisfacciones que el activismo político y que, finalmente, abandonaría por el periodismo. En 1908 trabaja en una publicación izquierdista de Trento, ciudad austrohúngara de lengua y cultura italianas, que el nacionalismo transpirenaico reivindicaba, junto a otros territorios, como parte irredenta de la nación italiana. El hijo de Alessandro no tardó en ser expulsado de Austria-Hungría por sus actividades marcadamente revolucionarias y sus inflamados artículos en favor de la incorporación del Trentino.

El Mussolini de esta época aún se considera un socialista ortodoxo, pero ya por entonces comienza a destacarse en su pensamiento una dicotomía nacional y social que lo arrastrará a posturas muy cercanas a las propugnadas por el sindicalismo revolucionario; se define internacionalista, pero sueña con una Italia grande y solidaria. Proclama con vehemencia su oposición a la guerra de Libia (1911), tanto que, arropado por sus compañeros de partido, organiza una batalla campal en la ciudad de Forlì donde arrancan los adoquines del suelo para hacer barricadas... y sin embargo sus razones no coinciden exactamente con las argumentadas por el PSI. Denuncia la humillación nacional, pero no la guerra imperialista. Y comienza a atisbar la idea que va a definir el futuro de su actividad política: la guerra es el único elemento aglutinador que puede lograr unir a los italianos en una empresa común.

MUSSOLINI EL SOCIALISTA

La guerra es el punto de divergencia que acelerará el proceso de ruptura de Mussolini con el Partido Socialista Italiano de forma drástica y definitiva. Veamos el proceso: tanto en su disconformidad a la guerra libia como en cualquier otra toma de posición, del tipo que sea, Mussolini destaca como un hombre muy vehemente. Imprime una fuerte dosis de pasión en todo lo que lleva a cabo, a veces rozando lo histriónico, y eso gusta mucho dentro del partido. Los dirigentes creen haber descubierto en él a un auténtico diamante en bruto, un hombre carismático, directo, brutal incluso, pero sobre todo cercano; un militante entregado, capaz de conectar con el pueblo de una manera efectiva y natural. Debido a su experiencia periodística, en diciembre de 1912, es reclamado por el diario socialista *Avanti*, de Milán, para encargarse de su dirección; un hecho que supuso un importante salto de calidad, ya que se trata del rotativo más influyente del socialismo italiano, enclavado en una de las zonas más poderosamente obreras de toda Italia, bastión socialista casi por definición y, probablemente, la región más importante del partido a nivel nacional. Aupado sobre semejante tribuna, Mussolini tiene ahora la gran oportunidad de airear masivamente sus siempre exaltados puntos de vista, y vaya que si la aprovecha. La influencia del joven socialista gana puntos, tanto en las bases como en la dirección del partido, a la que ha accedido en julio de aquel año como miembro del Comité Ejecutivo, de manera que se convierte en el líder *de facto* de la corriente más radical del Partido Socialista. La tribuna del rotativo socialista más importante de Italia se pone, pues, al servicio de un socialismo revolucionario auspiciado por Mussolini que penetra en las poderosas capas obreras de la Lombardía tintando de rojo pasión sus metas y reivindicaciones. De hecho, habitualmente se ha considerado que a partir de 1912 el sector mussoliniano se impuso sobre el reformista, un hecho que el mismo Lenin constató en sus apreciaciones sobre el progreso de la revolución mundial y que saludó con entusiasmo. No

en vano Lenin estaba convencido de que la revolución solamente llegaría a buen término si la llevaba a cabo un pequeño grupo de revolucionarios profesionales, una teoría ciertamente elitista que Mussolini compartía y que Lenin impuso, no sin problemas, dentro del bolchevismo. En este sentido, ninguno de los dos confiaba en las masas, a las que consideraban muy maleables y tan fáciles de dirigir hacia la revolución como hacia la reacción. Además, Mussolini, como Lenin, manifestaba un ardiente deseo de confrontación violenta contra el sistema burgués, en clara contraposición a un socialismo reformista que despreciaba; algo que Lenin no podía sino aplaudir ya que era, precisamente, lo que estaba haciendo dentro de su partido, aislando a la facción menchevique para marcar con sus agresivas teorías de lucha al otro sector.



Mussolini nunca fue un político al uso. Sus formas y hábitos campechanos hicieron de él un líder que supo atraerse las simpatías de un importante sector del pueblo italiano.

A partir de 1914 comienza la Primera Guerra Mundial e Italia se mantiene neutral, algo que el Partido Socialista aplaude, pero que Mussolini y un sector afín a las corrientes

del sindicalismo revolucionario no pueden más que acatar con un mohín de disgusto. A pesar de estas divergencias con la cabeza del partido, *Avanti* acató la línea política, comenzando así una campaña de denuncia de la guerra imperialista, tal y como se había acordado en las reuniones de la Segunda Internacional, donde los partidos obreros de todo el mundo adoptaron la consigna de que *aquí no hay franceses niallemanes, sino obreros explotados. No vayas a la guerra. Paz entre pueblos y guerra entre clases.* Al contrario de lo previsto, tan solo las secciones rusa e italiana cumplieron el acuerdo, de manera que, una vez iniciada la guerra, los partidos socialistas de las potencias contendientes se avinieron a apoyar el esfuerzo militar de sus respectivos países; un hecho que, desde las posiciones más izquierdistas del socialismo internacional, fue tachado de traición y que, años más tarde, incitó a Lenin a organizar la Tercera Internacional. Para repugnancia de Mussolini, su posición al frente de uno de los medios de masas más influyentes del socialismo italiano le obligaba a defender una postura con la que no estaba de acuerdo, a pesar de lo cual, no dejaba de mirar de reojo las manifestaciones intervencionistas que determinados grupos de la derecha y el nacionalismo italiano reclamaban, casi a diario, en las calles y en sus medios de comunicación. Pero el director de *Avanti* no se distinguía precisamente por su mansedumbre, por lo que no tardan en aparecer editoriales que rompen con la unidad del partido, criticando la inhibición ante la guerra. Se abrió, de este modo, un agrio debate entre Mussolini y la dirección que desembocó en un enfrentamiento abierto que el PSI no podía admitir durante mucho tiempo, por la imagen de división interna que entrañaba el hecho de que el director de *Avanti* se exhibiera públicamente al lado de los intervencionistas en las manifestaciones callejeras. Ahora Mussolini dirige su artillería contra el partido. La situación se vuelve tan enojosa que en octubre de 1914 Mussolini dimite de su cargo, ante lo cual el PSI decide anular su militancia. *El Partido Socialista te expulsa, Italia te aco-*

ge, telegrafió Guiseppe Prezzolini al animoso apóstata socialista. Alentado por la solidaridad mostrada por un buen número de intelectuales italianos y el apoyo casi incondicional de los partidarios de la guerra, Mussolini fundó un nuevo periódico, *Il Poppolo d'Italia*, del cual también ejerció como director y que se convertirá en el máximo órgano de expresión de los intervencionistas de izquierda. De la mano de líderes nacionalistas como el poeta Gabriele d'Annunzio, Mussolini se entregó a una orgía de manifestaciones, discursos y mítines para obligar al ejecutivo a tomar parte en la conflagración mundial bajo el manto de la entente hasta que, finalmente, presionado por la ruidosa campaña, el gobierno italiano firmó un pacto secreto en Londres por el que se comprometía a declarar la guerra a las potencias centrales a cambio de una serie de compensaciones territoriales que incluirían las zonas irredentas del norte, algunos puntos en Asia Menor y África, y el reconocimiento de la esfera de influencia italiana en Albania. Corría el año 1915 e Italia, con gran regocijo de los nacionalistas, se disponía a intervenir en una guerra para la que no estaba ni militar ni emocionalmente preparada.

PRÓXIMA ESTACIÓN: FASCISMO

Mussolini fue movilizadado para la guerra mundial, llamada a la que acudió sin rechistar y mos trándose como un soldado disciplinado. Ya desde entonces había tomado contacto con el sindicalismo revolucionario, un movimiento izquierdista radical que soñaba con instaurar la dictadura del proletariado, basándose en la organización sindical de la sociedad. En 1907 habían roto con el Partido Socialista por considerarlo templado, y cinco años más tarde asomaron de nuevo la cabeza para organizar la Unión Sindical Italiana (USI), una especie de coordinadora destinada a difundir el sindicalismo revolucionario en las masas y convertirse, sobre el papel, en el germen de un futuro gobierno proletario que eli-

minaría los partidos políticos, incluido el socialista. En la práctica, la USI no llegó a obtener una influencia verdaderamente destacada en la sociedad italiana, de manera que no resultaría procedente hacer mención de ella, de no ser por la división que se produjo en su seno a raíz de la entrada de Italia en la guerra. La cuestión militar fue debatida internamente y ante el fracaso de las posturas intervencionistas, el sector nacionalista más intransigente abandonó la organización, condenando a la USI a convertirse en una mera curiosidad política. Los escindidos continuaron predicando sin profeta hasta que a la vuelta del servicio de armas, prematura debido a que en el año 1917 fue gravemente herido de mortero en unas prácticas de retaguardia, Mussolini se convierte en su principal propagandista y su líder de facto, e *Il Popolo d'Italia* en su órgano de expresión. La publicación se convirtió así en el portavoz de una heterogénea serie de expulsados y escindidos políticos minoritarios a quienes les unía una común sensibilidad hacia el nacionalismo exaltado y la revolución social, tales como los propios escindidos de la USI, reunidos ahora en la Unión Italiana del Trabajo (UIL, debido a sus siglas en italiano, Unione Italiana del Lavoro) o los antiguos miembros del Partido Socialista que abandonaron su militancia para seguir a Mussolini, entre otros. Comenzaba a dibujarse una facción política nueva que realizó una serie de ensayos organizativos sin resultado hasta que el 23 de marzo de 1919 parió a los Fascios Italianos de Combate. La peculiar denominación —*fascios*— su pone un guiño a las uniones de obreros y campesinos que desde el siglo XIX se habían organizado en agrupaciones homónimas para reivindicar demandas sociales de muy distinta condición. Un nombre, por otra parte, que recuerda, y ese es precisamente su origen, a los líctores romanos.

El programa inaugural de los Fascios Italianos de Combate aúna un rabioso nacionalismo con demandas de corte social, tales como el salario mínimo, la jornada laboral de ocho horas, el voto femenino, la participación de los trabaja-